

LIBROS

TÍTULO: **LA VOZ Y EL TIEMPO.**

AUTOR: **JOSÉ IGLESIAS BENÍTEZ.**

EDITORIAL PIGMALIÓN. Madrid, 2014.

El nombre de Iglesias Benítez aparece de modo casi ineludible cuando se habla sobre cualquier actividad relacionada con Extremadura. Nacido en Villalba de los Barros, maestro y licenciado en Geografía e Historia, emigró joven a Madrid, donde ejerce la enseñanza, labor que combina con una incesante actividad en múltiples áreas culturales. Sus generosos compromisos con los Hogares Extremeños, UBEx, Guadalupex, AEEX o Beturia Ediciones - por nombrar sólo algunas de las entidades en las que participa - lo conducen a multitud de territorios, siempre admirado merced su bonhomía a toda prueba.

Aun así, ha encontrado tiempo para labrar una obra lírica importante, conformada hasta hoy por seis poemarios y numerosas publicaciones dispersas en revistas, periódicos, boletines trabajos colectivos e incluso hojas volanderas. Cuando el amor me llama (Madrid, 1984), En esta lenta soledad del día (Madrid, 1988), Clamor de la memoria (Madrid, 1998), Retablo de amor profano (Badajoz, 2003), Ritual de la inocencia (Madrid, 2005) y Revelaciones (Cáceres, AbeZetario, 2007) son los libros a los que pertenecen los poemas aquí seleccionados. Se añaden también otros hasta ahora desperdigados en páginas de casi imposible acceso.

(Alguna vez José Julián Barriga, a quien considero el más agudo analista de la realidad de la Región, cómo se explica tamaña actividad creadora en los extremeños de la diáspora, frente a la abulia dominante en el terruño. Acabo de leer un extenso reportaje sobre Juan Miguel San Juan Jover. Nacido en Monesterio (1945), residente fuera, ingeniero y economista, gran empresario también, es hoy una de las personas más ricas e influyentes del país. No quiero pensar qué habría sido de él si se hubiese quedado al calor de las encinas, por las que confiesa sentir añoranzas).

Las mismas consideraciones me sugieren otras dos personas implicadas en este libro. El volumen se publica en la colección que, al cuidado de Basilio Rodríguez Cañada y Ricardo Hernández Megías, ha reservado la editorial madrileña para los creadores

extremeños. El primero, nacido en Navalvillar de Pela (1971) y es figura omnipresente en numerosas escenas culturales: Fundador y Presidente del PEN Club de España (Spanish P.E.N. Club) y miembro del Consejo de la Fundación Iberoamericana del PEN Club Internacional. Gestor cultural, escritor y editor de Pígmalión Edypro y Sial Ediciones; ha sido presentador del programa de televisión “Tiempo de tertulia” (1992-2000) y en la actualidad es Presidente de la Asociación Española de Africanistas. Ricardo Hernández, natural de Santa Marta y residente también en Madrid, es consumado bibliófilo, autor de muy valiosas publicaciones, como LOS ESCRITORES EXTREMEÑOS EN LOS CEMENTERIOS DE ESPAÑA o su monumental estudio sobre LUIS ÁLVAREZ LENCERO. El volumen lleva un amplio preliminar suscrito por Pablo Jiménez, el poeta, ensayista y músico moralo, excelente conocedor de la obra de Iglesias. (Su hermano Antonio, prematuramente fallecido, era profesor de la Complutense y tal vez el más notable estudioso de la Filosofía Krausista y la Institución Libre de Enseñanza. Tuvimos la fortuna de publicarle en Badajoz su tesis doctoral sobre Urbano González Serrano, catedrático adepto al krausopositivismo).

La extensión del prólogo proviene del estudio que se hace en torno a la escritura del autor antologado y de cada de sus libros, amén las digresiones múltiples, todas interesantes pero quizás no imprescindibles aquí.

Según el prologuista, dos rasgos distinguen la poética de su hermano-amigo: la búsqueda creciente de la desnudez expresiva y la claridad que, pese al cada vez más depurado lenguaje, mantuvo desde los orígenes (tan próximo entonces a sus maestros: Miguel Hernández, Blas de Otero o Luis Álvarez Lencero), hasta épocas últimas (más próximo a Juan Ramón Jiménez, Cernuda, Pessoa, Borges, M. Pacheco, Leopoldo M. Panero y otros también aquí reconocibles).

Son notas especialmente relevantes cuando se escriben composiciones de amplio aliento, según acostumbra el autor (véanse poemas suyos como “Álvaro de Campos y Fernando Pessoa exponen a Ofelia de Queirós las opuestas razones de sus vidas”, o “Justiniano en presencia de Procopio, evoca a Teodora, en un club de carretera”, tan abundantes en Revelaciones). (Me aburren ya los poemarios mínimamente “expresionistas”, que se reducen pincladas).

Iglesias difícilmente se ciñe al poema corto, a veces reducido casi a la mínima expresión, al chispazo expresivo, por relampagueante que resulte. Sin embargo, cultiva también con acierto fórmulas tan breves como el haikús, de los que aquí se seleccionan algunos publicados por la ERE en la colección 3X3 (2013).

Aunque no desdeña el verso blanco y libre, mostró siempre clara predilección por los serventesios alejandrinos, tan sonoros, y los sonetos (de estos últimos pasan de 70 los antologados, casi todos de impecable factura).

Si los paisajes y personajes extremeños, la historia y problemas de la región, junto con la temática amorosa, resultan hegemónicos en las obras iniciales, Iglesias, sin renunciar a los mismos, ha ido abriendo cada vez más el abanico de sus intereses.

Puede decirse que nada humano le es ajeno. Pero resulta fácil detectar en sus poemas una atención creciente a las intimidades del propio sujeto lírico e incluso el mundo de la trascendencia. Con ese paso creciente de la denuncia a la reflexión, del grito a las meditaciones, de la rebeldía a la nostalgia, la poesía de José Iglesias gana en hondura y calidad, sin perder ninguno de los logros anteriores.

“Quien toca un libro, toca un hombre”, evocaba Walt Whitman en la inolvidable Hojas de Hierba. Quien se aproxime a La voz y el tiempo. Antología poética 1983-2013, está en condiciones de tocar a un autor a lo largo de treinta años.

M. Pecellín Lancharro.

TÍTULO: MEDITACIONES DEL QUIJOTE.

AUTOR: JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

EDITORIAL: ALIANZA EDITORIAL. Madrid, 2014.

Ortega y Gasset fue seguramente el intelectual español más respetado durante la primera mitad del siglo XX. Solo Unamuno, con quien mantendría sonadas polémicas, puede disputarle el puesto. Los dos pensadores se harían eco del aniversario de Don Quijote para difundir sus propias ideas al reclamo de la obra cervantina. Si el impulsivo rector de la Universidad de Salamanca dio a luz (1905) su inquietante Vida de Don Quijote y Sancho, correspondiendo a la parte primera de la mejor novela española y aun mundial, el joven catedrático de la Complutense respondió a la segunda (1914) con sus Meditaciones del Quijote. Existe sin duda un claro nexo ideológico, antagónico si se quiere, entre ambas publicaciones.

Puede decirse que con este ensayo de Ortega (“ciencia menos la prueba explícita”, según él lo define) se iniciaba un carrera filosófica desconocida en nuestros exhaustos lares. Admirablemente bien escrita, con una prosa deslumbrante, su primera edición, cuidada por Juan R. Jiménez, aparece en las Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, el 1914, año que da nombre a toda una generación y vería el estallido de la Primera Guerra Mundial. Ortega introdujo después no pocas innovaciones en el texto a lo largo de las nueve ediciones que conoció en vida, a las que se debe añadir la incluida en sus Obras completas póstumas (2004-2010).

Por todo ello cabe celebrar la que ahora presentamos, críticamente preparada por Javier Zamora Bonilla. Consta de dos volúmenes. Uno reproduce facsímil la princeps de Madrid (dedicada entonces a Ramiro de Maeztu, lo que desaparecería posteriormente, por discrepancias entre los dos personajes). El otro recoge un estudio

preliminar, suscrito por el Dr. Zamora, más el extenso “apéndice de variantes”, que ha preparado José Ramón Carriazo Ruiz valiéndose del programa de cotejo electrónico Collate 2.0. desarrollado por Peter Robinson en la Universidad de Oxford.

Inútil encarecer a estas alturas la obra pionera del filósofo madrileño. Aunque Ortega la presentase como un trabajo no terminado (en realidad incluye sólo lo que él llama “meditación preliminar” y “meditación primera”, sin que hubiese nunca otras posteriores), constituye todo un adelanto de lo que más tarde serían las ideas claves orteguianas. Aquí se avanzan ya iluminadores apuntes sobre el concepto de filosofía (“la ciencia general del amor”), el perspectivismo, la razón vital, el célebre “yo soy yo y mi circunstancias, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (págs. 43-44), la supervivencia de los mitos, la noción de cultura, el origen y alcance del género novelístico, las contraposiciones fenómeno/noúmeno o razón versus experiencia, y tantos otros puntos seminales del pensamiento orteguiano.

Pero, a mi entender, el valor máximo de la obra lo constituyen el cúmulo de apuntes que Ortega propone sobre el ser y la identidad de España como nación. Enfrentándose al tópico de nuestras raíces latinas, este hombre, con años de estudios en Alemania, exige atender más cumplidamente a la herencia germana que también tiene su peso en la Península desde los celtíberos y las invasiones “bárbaras”. Ocurre que esta “tierra de los antepasados”, según Kant nos definía, viene olvidándose desdeñosamente de todo un hontanar riquísimo, tal vez el más apto para la regeneración del país. A quienes escriben contra “las nieblas germánicas”, incapaces quizás por pereza del ejercicio filosófico que supone comprenderlas y se refugian en las supuestas “claridades mediterráneas” – tantas veces, simples fuegos de artificio-, Ortega propone atender también a aquel otro legado. En efecto, “Italia, Francia (y) España están anegadas de sangre germánica. Somos razas esencialmente impuras” (pág. 98).

Son también de enorme interés los comentarios de Ortega sobre el propio Quijote (menos numerosos de los que el título parece inducir), así como sobre algunos escritores coetáneos: Azorín, Unamuno o Baroja, con quien recuerda un viaje realizado por la Sierra de Gata (pág. 88).

Manuel Pecellín Lancharro